

LA IMPLACABLE LUCHA DE MOHAMED
BIN SALMÁN POR EL PODER MUNDIAL

«Explosivo»
THE TIMES

«Excelente»
FORBES

«Espectacular»
THE FINANCIAL TIMES



SANGRE Y PETRÓLEO

BRADLEY HOPE - JUSTIN SCHECK

PENÍNSULA

Sangre y petróleo

La implacable lucha de Mohamed bin Salmán
por el poder mundial

Bradley Hope y Justin Scheck

Traducción de Àlex Guàrdia Berdiell

Título original: *Blood and oil: Mohammed bin Salman's Ruthless Quest for Global Power*

© 2020, Bradley Hope y Justin Scheck

Esta edición se publica con el acuerdo de Hachette Books, un sello de Perseus Books, LLC, filial de Hachette Book Group, Inc., Nueva York, EE.UU. Todos los derechos están reservados.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: marzo de 2023

© de la traducción del inglés, Àlex Guàrdia Berdiell 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 3.473-2023
ISBN: 978-84-1100-144-1



19. El señor de los huesos	383
20. Imparable	397
Epílogo: Tormenta Decisiva	417
Agradecimientos	431
Índice analítico	433

Índice

Nota de los autores	11
Elenco de personajes	15
La dinastía de los Saúd: miniárbol genealógico	21
Prólogo	27
1. El rey ha muerto	39
2. Mohamed	61
3. Fiestón en las Maldivas	85
4. Yo soy el cerebro	115
5. Traedme a McKinsey	131
6. El capitán Saúd	159
7. Miles de millones	171
8. La pequeña Esparta	193
9. Una jugada maestra	215
10. Bloqueo	227
11. Sellado con un beso	245
12. Malas artes	261
13. Davos del desierto	279
14. La purga	291
15. El secuestro del primer ministro	311
16. Da Vinci	335
17. El hombre del año	345
18. A sangre fría	371

El rey ha muerto

Diciembre de 2014-enero de 2015

Todo el mundo esperaba que el rey muriese. Era diciembre de 2014 y Abdulah bin Abdulaziz, el sexto miembro de la tercera dinastía de los Saúd en gobernar Arabia, se estaba apagando poco a poco en una cama de hospital en medio del desierto, en las afueras de Riad.

Abdulah siempre había sentido devoción por el desierto. Iba allí a pensar y, cuando se hizo mayor, a escapar del tráfico de la capital, de las procesiones de hombres que aguardaban para pedirle favores y de las interminables decepciones de un Gobierno partido que se resistía tenazmente a abrazar la modernidad. En las dunas, las noches invernales sin luna le traían al recuerdo las epopeyas de su padre y fundador del reino, Abdulaziz, que luchó a lomos de un camello para conquistar Arabia. Qué tiempos tan sencillos...

La nación sumaba apenas ochenta y tres años; menos que el propio Abdulah, que tenía noventa. Durante gran parte de su infancia había sido un reino poco habitado y con escasos vínculos con el mundo exterior, salvo por los peregrinos que llegaban para visitar las ciudades santas del islam de La Meca y Medina. Una de cada cuatro personas

del mundo reza mirando a la Kaaba, en el corazón de La Meca, y aspira a peregrinar allí al menos una vez en la vida.

Cuando Abdulah cumplió los cuarenta, Arabia Saudí estaba cambiando a un ritmo vertiginoso. El descubrimiento de un océano de petróleo bajo el desierto se tradujo en un flujo de dinero que permitió convertir las ciudades de adobe en metrópolis modernas con rascacielos y centros comerciales. Pero la severa interpretación del islam nacida en el país —conocida como «wahabismo» en honor a su fundador del siglo xviii, el predicador Mohamed ibn Abdul-Wahhab— seguía siendo una piedra angular de la vida saudí. Los delincuentes eran decapitados en las plazas y los taciturnos agentes del Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio, o *haia*, patrullaban las calles en busca de infractores, como, por ejemplo, mujeres que no se cubrieran todo el pelo y el cuerpo. En las décadas siguientes se modernizó la infraestructura, pero social y políticamente siguió siendo un país tan implacablemente conservador que muchos extranjeros tenían la sensación de que estaban viajando atrás en el tiempo.

Paradójicamente, en los dos mil el pueblo saudí ya era uno de los más conectados a internet. La flamante y crecientemente juventud tenía dinero suficiente para comprar móviles y pocas ocasiones de satisfacer sus necesidades sociales, así que pasaba horas y horas en Twitter, Facebook y YouTube. Conocían al dedillo la cultura pop occidental, aunque no podían participar en ella. Arabia Saudí había prohibido hacía mucho tiempo los conciertos y los cines, así como los encuentros en público de hombres y mujeres no casados.

Abdulah llegó al trono en 2005. Para él, reinar fue una auténtica losa que lo ató a obligaciones diarias más propias del medievo. Los reyes saudíes reciben en audiencia a una

ristra de plebeyos, ministros y asesores, y compaginan ese deber con la recepción de presidentes y primeros ministros extranjeros, con quienes posan repantigados en sofás de colosales palacios dorados. Cada año, los súbditos, parientes y ministros del rey reciben a decenas de miles de solicitantes con problemas de salud o que tienen alguna disputa o piden una condonación de deuda.

Tras una vida entera fumando y dándose festines, con problemas de espalda, diabetes y una enfermedad coronaria, Abdulah ya no podía ni pasar la noche reclinado sobre cojines, descansando en las tiendas con electricidad y televisiones gigantes que sus súbditos montaban en el desierto. Su salud llevaba de capa caída desde 2010, cuando tuvieron que operarlo varias veces. En noviembre de 2014, uno de los primeros espadas del rey, su sobrino Mohamed bin Naif al Saúd, le pidió opinión a un médico estadounidense amigo suyo: «¿Cuál es el pronóstico para el cáncer de pulmón?». El médico le preguntó cómo estaba de avanzado. Según el príncipe, nadie se lo había contado a Abdulah, pero el cáncer estaba en estadio IV. «Tres meses como máximo», contestó el doctor.

Al cabo de menos de ocho semanas, ingresaron a Abdulah en un hospital improvisado en medio del desierto, conectado a monitores y sueros. Entretanto, los miembros de la corte y más de una docena de hijos —muchos de ellos hombres de mediana edad con diferentes grados de venalidad— trataban de determinar qué hacer a continuación.

Sabían que la muerte de un rey suponía una gran transferencia de riqueza y de poder. Todas las transferencias en la historia del país habían provocado un pulso entre las diferentes ramas familiares dimanantes de Abdulaziz al Saúd

(conocido en Occidente como Ibn Saúd). Él fue el primer rey de la actual Arabia y todos los que ha habido desde entonces eran hijos suyos.

A lo largo de los reinados, cada soberano se las había ingeniado para hacer casi intocables a sus propios hijos. Les concedían cuantiosas pensiones y otras prebendas que sumaban miles de millones de dólares. A menudo les adjudicaban cargos importantes en ramas administrativas o militares.

Pero Abdulah había cortado el grifo a sus hijos y durante buena parte de sus vidas les había vetado el poder político. El rey dispuso para sus descendientes asignaciones mensuales que sumaban millones de dólares al año, además de *jets* privados, pero les impidió acceder a los miles de millones de dólares con los que contaban algunos de sus primos. Abdulah creía que la familia extensa empezaba a salirse de madre, así que había puesto fin a la etapa de exceso y desenfreno de los Saúd. Y los primeros en notarlo fueron sus propios hijos.

Estos tenían la sensación de ser una decepción para su padre. En los años previos a su muerte, Abdulah valoró la posibilidad de meter a uno de ellos en la línea de sucesión al trono, pero llegó al lecho de muerte sin tener claro que ninguno tuviera madera de gobernante. A Miteb lo había nombrado jefe de la Guardia Nacional, pero parecía más interesado en las carreras de caballos que en su trabajo y delegaba gran parte de las funciones en sus subordinados. Y cuando Turki bin Abdulah fue a ver a su padre al hospital en sus últimos días, el rey se dirigió de viva voz a los sanitarios que lo rodeaban. Refiriéndose al expiloto de la Fuerza Aérea y fugaz gobernador de Riad, le dijo al fantástico equipo de médicos y enfermeros norteamericanos y europeos: «Contemplad a mi hijo, el piloto de F-15». Y, tras detenerse para tomar aliento, añadió: «Mirad lo gordo que está. ¿Creéis que cabría en un F-15?».

Los hijos temían que el trasvase de poder de Abdulah a un nuevo monarca hiciera peligrar sus ambiciones. No habían tenido todavía la oportunidad de amasar una buena fortuna y, si era coronado el pariente equivocado, nunca podrían enriquecerse.

Sabían que, tras una sucesión, las arcas pasaban a la familia del nuevo rey. Con el tiempo, los hijos del último monarca (igual que los hijos de los precedentes) veían menguar su poder y sufrían una pérdida de ingresos. Los hijos de Abdulah lo habían vivido en primera persona en repetidas ocasiones. ¿Qué fue de los Bin Jalid, los hijos del rey Jalid, que gobernó entre 1975 y 1982? Apenas se los mencionaba ya.

Los tira y afloja entre hermanos, sobrinos y primos por hacerse con el poder eran parte inherente del sistema de gobierno instaurado por el fundador del reino. Ibn Saúd tuvo unas tres docenas de hijos con un sinnúmero de esposas y concubinas. Estos fueron haciéndose mayores durante décadas y forjaron una línea de sucesión natural que funcionó porque abarcaba varias generaciones. El mayor de todos nació hacia 1900 y el más joven, allá por 1947.

Ibn Saúd murió de un ataque al corazón en 1953, mientras dormía, y cedió el trono a su primogénito Saúd. Once años después, los hermanos de Saúd obligaron al pródigo rey a abdicar en su hermano menor. Desde entonces, el poder ha ido pasando de un hermano a otro, siguiendo un método en el que los hijos de Ibn Saúd elegían conjuntamente a un heredero, seleccionando al hermano de mayor edad que consideraran apto para gobernar. Especialmente poderosos eran los hermanos conocidos como los Siete Saudairis, los hijos de Ibn Saúd con su esposa favorita, Husa al

Sudairi. Cada vástago de Ibn Saúd albergaba la esperanza de reinar algún día. En palacios y yates, los príncipes alimentaban esas especulaciones mientras veían pasar las horas con su séquito.

En 2015, la mayoría de los hijos habían fallecido y, de los pocos que quedaban con vida, casi todos superaban la setentena. El trono estaba a punto de llegar a la tercera generación. El problema era que no había ningún mecanismo para decidir cuál de los cientos de nietos debía reinar. La edad era la manera más fácil de clasificar a los hijos originales, pero era un sistema inviable para escoger entre los cientos de príncipes de la siguiente generación.

Abdulah intentó corregirlo. Al llegar al trono, creó un consejo con todos los hijos vivos de Ibn Saúd y los descendientes de los que habían fallecido. El llamado Consejo de la Lealtad tenía que elegir a un príncipe heredero para que asumiera el trono al morir el monarca y a un sustituto que fuera el segundo en la línea de sucesión. La intención era impedir los cambios bruscos de poder. Pero ante la cercanía de la muerte, Abdulah y sus hijos empezaron a tener otro propósito: limitar el poder del sucesor de Abdulah, el príncipe heredero Salmán.

Salmán era el más poderoso de los Siete Sudairis que quedaban y un avisado y taimado cortesano. Abdulah y sus hijos sabían que querría meter a su ambicioso hijo *millennial*, Mohamed, en la línea de sucesión. De suceder, sería una calamidad para el clan Abdulah. Mohamed llevaba años acumulando riñas con los hermanos y sus principales vasallos; en una ocasión le escupió en la cara a un poderoso director de inteligencia. En el mejor de los casos, si Mohamed amasaba poder, cortaría el acceso del clan al poder y al dinero. En el peor de los casos, les arrebataría los bienes y la libertad.

Para apartar a Mohamed, los hijos de Abdulah recurrieron a Jalid al Tuwajiri, jefe de la Corte Real de Abdulah.

Tuwajiri lucía un bigote lacio. Solía llevar un anillo de diamante y gafas sin montura. Era el saudí más poderoso fuera de la familia real y había nacido prácticamente para el trabajo. Su padre luchó con Ibn Saúd para conquistar regiones de Arabia y más tarde ayudó a Abdulah a transformar la Guardia Nacional en una fuerza formidable.

A medida que Abdulah envejecía, Tuwajiri iba acumulando poder. Ratificaba nuevas leyes en nombre del monarca y se presentaba prácticamente como secretario general del Consejo de la Lealtad. Era el único que podía participar en las reuniones secretas sin ser príncipe, y era custodio exclusivo de las actas de lo que se debatía en el consejo.

La función más importante de Tuwajiri era gestionar las audiencias con Abdulah, para lo cual le venía de perlas que al rey no le gustara hablar por teléfono. Solo se sentía cómodo charlando en persona. Hasta el embajador en Estados Unidos volaba desde Washington a Riad para hablar un par de horas. Fuera un hombre de negocios, un ministro o incluso el hermano del rey, si querías ver a Abdulah tenías que pasar por Tuwajiri. Los chupópteros y observadores de Palacio le llamaban «rey Jalid».

Su poder era inusitado para alguien de fuera de la familia. Al príncipe heredero Salmán y a su hijo Mohamed no les hacía ni pizca de gracia. Tuwajiri sabía que tenía que poner coto al poder de Salmán si no quería correr el mismo destino que los hijos de Abdulah, si no peor. Para Salmán y Mohamed, Tuwajiri personificaba todos los problemas de Arabia Saudí. El funcionario poseía mansiones, barcos y

unos doscientos coches de lujo. Se pegaba viajes de semanas enteras con séquitos de veinticinco personas y aprovechaba para irse al Ritz-Carlton de Manhattan, al lado de Central Park, donde dilapidaba millones de dólares y se sacaba fotos con los neoyorquinos como si fuera miembro de la realeza. Rahul Bhasin aún guarda una foto de Tuwaijri detrás del mostrador de Parkview Electronics, la tienda-cita de cámaras y móviles que tiene al lado del Ritz, donde Tuwaijri solía comprar iPhones a montones. «Pensaba que era un príncipe o algo», dice Bhasin. Pocas cosas sacan más de quicio a Salmán que ver a un plebeyo actuar como si tuviera sangre azul.

Uno de los grandes aliados de Tuwaijri era Mohamed al Tobaishi, responsable de Protocolo de Abdulah. Tobaishi era básicamente un secretario personal víctima de la vanidad. Cuando no estaba en alguna de las lujosas residencias que tenía repartidas por el mundo, vivía en una quinta de Riad de noventa habitaciones llamada Samarra. Ambos eran intermediarios multimillonarios que se escondían tras un título servil, hombres que aceptaban dinero a cambio de concertar encuentros con altos dignatarios; nunca admitieron haber hecho nada malo ni se los condenó por nada, pero el Estado acabó confiscándoles bienes. A ojos de Salmán y de su hijo, eran un peligro para la dinastía y un ejemplo del desfalco desbocado.

Mohamed bin Salmán tuvo sus propios lances con Tuwaijri, quien había intentado adoptar un papel paternal con él cuando se había empezado a ocupar de tareas gubernamentales a los veintitantos. Pero Mohamed descubrió que Tuwaijri tenía dos caras. En tanto que fingía apoyarle, urdía formas de impedirle progresar en la jerarquía familiar. Mohamed les confesó a sus amigos que le «tendía trampas». Tuwaijri intentaba expulsarlo del Gobierno a

cada ocasión que se le presentaba o, en su defecto, trataba de sobornarlo para que claudicara. Mohamed también estaba resentido: hacía unos años, Tuwajiri lo había disciplinado por orden de Abdulah por menospreciar a altos cargos del Ejército.

Cuando la vida de Abdulah tocaba a su fin, el segundo en la línea de sucesión al trono era Muqrin bin Abdulaziz al Saúd, el más joven de los hijos de Ibn Saúd. Para Tuwajiri y sus aliados del clan Abdulah, Muqrin era como un resguardo contra todos los intentos por catapultar al joven Mohamed. Si no lograban apartar a Salmán de la línea de sucesión, al menos tenían que defender a Muqrin.

Salmán era un hombre alto con una perilla teñida de negro. Con setenta y nueve años, llevaba medio siglo siendo el matón de la familia y el guardián de los secretos de los Saúd. Entre susurros, los miembros más jóvenes barajaban la posibilidad de que Salmán hubiera colocado cámaras en el dormitorio de más de un poderoso Saúd.

Tres generaciones de príncipes y adláteres guardaban anécdotas de cómo Salmán les había abofeteado, de cómo habían recibido la brutal caricia de su anillo de oro y esmeralda (el que Salmán llevaba en el dedo meñique) como castigo por beber alcohol, por conducir demasiado rápido por las afueras de la capital o por haber sido pillados *in fraganti* mientras intentaban llevar a cabo algún descarado chanchullo.

En la Corte Real, su temperamento era de sobra conocido. Salmán era más bien callado y calculador y le gustaba citar poemas islámicos mientras jugaba a las cartas cada noche. Pero si detectaba una falta de respeto, se ponía hecho un basilisco. A principios de los noventa, Salmán caminaba

con paso ligero por el palacio de Yeda de su hermano, el entonces rey Fahd, cuando un guardia real le cortó el paso. Salmán se quedó estupefacto cuando el guardia le dijo que el rey estaba ocupado.

Le dio una bofetada tan fuerte que el anillo salió volando. «¡Yo soy el príncipe! ¿Tú quién eres?», le gritó Salmán mientras jóvenes cortesanos y sirvientes se arrastraban por el suelo, buscando el anillo. Cuando Fahd reprendió a su hermano, Salmán dejó un sobre para el guardia con 100.000 riales, más de 20.000 dólares. «Que se lo den al idiota ese», musitó al salir. (Según un miembro de la familia real, esto no ocurrió.)

Varios hijos de Ibn Saúd hicieron fortuna usando su posición para obtener pagos de empresas que operaban en el país, pero Salmán no tenía tanto afán por hacerse rico. Prefería invertir la asignación real en los palacios, sus esposas e hijos y dedicar su energía a dirigir Riad, el núcleo de poder histórico de los Saúd.

Tras gobernar la provincia durante cuarenta y ocho años, Salmán controlaba millones de hectáreas de terreno que habían ido aumentando de valor a medida que la ciudad se iba transformando. Al principio de su mandato, Riad era una aldea, pero ahora se había convertido en una urbe moderna de más de cinco millones de personas. Salmán también supervisaba la relación con los predicadores wahabitas, cuya alianza con los Saúd se remontaba al propio Wahhab, y cuyo apoyo había ayudado a la familia a obtener y mantener el poder desde la fundación del país.

Salmán toleraba distintos puntos de vista en su palacio y fomentaba debates como ningún otro príncipe. Su Saudi Research and Marketing Group poseía dos de los periódicos

cos árabes más grandes de Oriente Medio. Y no eran meros altavoces del Gobierno, sino que difundían opiniones de toda la región sobre las cuestiones más importantes del momento —especialmente sobre la causa palestina—, aunque hay que decir que nunca osaban cuestionar la monarquía ni criticar la política exterior. Salmán invitaba a escritores, expertos y diplomáticos extranjeros a cenar cada semana. A un contacto norteamericano le dijo que había leído todas las novelas publicadas por un determinado escritor saudí.

La relación de Salmán con sus hijos mayores era fría. Salmán había sido padre joven: tenía solo diecinueve años cuando nació su primer hijo. Era distante y autoritario, férreo y decidido a educar a los pequeños. Quería que sus hijos aprendieran que había mucho más en el mundo que los dos pilares saudíes, el oro negro y el wahabismo. La vida estaba llena de poesía, literatura e ideas, y Salmán, hijo del hombre que conquistó Arabia a lomos de un camello, quería que sus descendientes aprendieran cosas que les fueran a ayudar como estadistas.

Salmán veraneaba a menudo en España y Francia y eran muchos los intelectuales y hombres de negocios que le visitaban para tomar el té. Los miembros de la familia mercante sirioespañola Kayali frecuentaban sus palacios, igual que los miembros de la familia Asad, que sigue gobernando Siria. En París, Salmán invitaba a abogados y políticos a charlar y debatir, muchas veces acerca de la turbulenta situación de Oriente Medio.

Parece que esas ideas marcaron a fuego a los hijos que Salmán tuvo con su primera esposa, Sultana bint Turki al Sudairi, a comienzos de los cincuenta. Estudiaron en el extranjero y aprendieron idiomas. Fahd y Ahmed hicieron fortuna dirigiendo el Saudi Research and Marketing Group,

criando caballos de carreras de primer nivel y entablando una fructífera asociación con UPS. Sultán fue el primer saudí en viajar al espacio en la aeronave norteamericana Discovery; Abdulaziz era un experto en petróleo que llevaba las espinosas negociaciones del Gobierno con otros países productores; y Faisal, el académico, se doctoró en Ciencias Políticas en la Universidad de Oxford con una tesis sobre las relaciones entre los Estados del golfo e Irán entre 1968 y 1971. Todos tenían amistades en Estados Unidos y en Londres y a menudo se reunían con políticos extranjeros. Eran imponentes, cosmopolitas y de sensibilidad occidental. Para algunos, no parecían muy saudíes. Incluso se opusieron cuando Salmán decidió contraer segundas nupcias mientras seguía casado con su madre, una costumbre de la cultura saudí.

Era 1983 cuando la madre de los príncipes, Sultana al Sudairi, ingresó en un hospital de Pittsburgh para un trasplante de hígado. Sultana era una figura respetada dentro de la familia y prácticamente venerada por sus cinco hijos y su hija. La familia llegó a Pittsburgh con una comitiva de docenas de familiares y súbditos; cada mañana corrían al vestíbulo del Hospital Universitario Presbiteriano para asegurarse de llegar antes que Salmán. Flanqueado por dos guardias de seguridad, Salmán se dedicaba a recorrer el hospital de punta a punta mientras esperaba noticias de los médicos.

Antes del viaje, los tres hijos mayores de Salmán (Fahd, Sultán y Ahmed) se enteraron de que su padre estaba tramando casarse con una mujer mucho más joven. No era nada raro; una vez consumado el matrimonio, Salmán tendría dos esposas en un país donde un hombre podía estar casado hasta con cuatro mujeres a la vez. Pero sus occidentalizados hijos veían la poligamia como algo retrógrado,

ofensivo para su madre y especialmente cruel cuando se estaba enfrentando a una enfermedad que podía costarle la vida.

Salmán hizo oídos sordos a las objeciones de sus hijos, pero, en Pittsburgh, Fahd insistió. Al final se fue del hospital en un arrebató y se subió a un avión privado, desde donde le escribió una carta a su padre; se la entregó a un mensajero para que la llevara de vuelta a Pittsburgh: «No te cases con esa mujer —le escribió Fahd—. Es un insulto para tu esposa».

Salmán no se paró en barras. La joven, Fahdah bint Falah al Hizlain, era la hija de un líder ajmanita, una tribu descendiente de una larga estirpe de guerreros que habían luchado tanto con los Saúd como, a veces, en contra de ellos. Dos años más tarde, Fahdah dio a luz a su primer hijo, Mohamed bin Salmán. Luego llegaron cinco más.

Esos seis niños tuvieron una educación muy diferente a la de sus hermanos, mucho mayores que ellos. Al llegar a la mediana edad, Salmán perdió esa severidad con la que había criado a su primera prole. Según recuerda un miembro de Palacio, una noche que estaba jugando a las cartas en casa del hijo del rey Fahd, un Mohamed de cinco años entró y empezó a tirar de los tocados a los hombres. El muchacho vertió una taza de té y arrojó al suelo algunas cartas hasta que Salmán lo llamó. Entre risas, abrazó a su rollizo hijito. «Llévate a Mohamed», le ordenó a uno de los cuidadores, que no se libró de una patada en la entrepierna por parte del pequeño.

Mohamed y sus demás hermanos carnales no absorbieron la pasión por el estudio y la vida en el extranjero que se les había inculcado a los primeros hijos de Salmán. Mientras los hermanos mayores buscaban su camino, el adolescente Mohamed iba dando tumbos. Tenía el hábito de so-

ñar despierto durante los actos en familia, una tendencia que algunos confundían con ensimismamiento. Cuando estaba de vacaciones en Marbella o donde fuera, él y su hermano menor Jalid solían irse a explorar o a hacer submarinismo. Se pasaba horas jugando a videojuegos, sobre todo a la saga *Age of Empires*, donde armaba ejércitos y conquistaba enemigos. También cogió un gusto especial por la comida rápida. Salmán seguía trayendo a catedráticos y escritores y celebraba seminarios semanales, pero cuando exhortaba a Mohamed a estudiar o leer libros en vez de jugar a la consola, sus palabras eran más una tierna regañina que una orden estricta, como las que les había dado a sus hijos mayores.

Una tarde, Salmán recibió la llamada inquieta de un súbdito. Parecía ser que Mohamed, que aún no era adolescente, estaba en un supermercado vestido con uniforme militar y montando una escena. La policía quería detenerle, pero el joven príncipe recalca que no podían. Era sobrino del rey e hijo del gobernador de Riad. Salmán manejó el asunto con discreción, pero quedó claro que el viejo tirano sentía especial debilidad por Mohamed, a quien sacaba casi cincuenta años, por lo que parecía ser, más bien, su abuelo.

Durante un viaje familiar a Cannes en el 2000, Salmán invitó a un abogado con bufete en París llamado Elie Hatem. Hatem había conocido a miembros de la familia real trabajando en grupos políticos promonárquicos y se había codeado bastante con ellos durante sus expediciones a Francia. Un día que Hatem fue a comer con ellos, Salmán le dijo a Mohamed, que entonces tenía quince años, que no jugara tanto a los videojuegos y leyera un poco. Los hombres se estaban dando un suntuoso banquete de comida mediorienta mientras Mohamed estaba comiéndose un

menú del McDonald's. El joven respondió con desgana: «Sí, papá».

Una tarde, Salmán le pidió a Hatem que le echara un ojo a Mohamed y que se asegurara de que hacía algo de provecho. «A ver si consigues que lea cualquier cosa, aunque sea una revista o un periódico, y que deje los juegos», le dijo al abogado. El muchacho se dedicó a ver la televisión.

Poco después de esa visita a Francia, la vida del joven príncipe cambió. Tuvo una epifanía que alteró su forma de ver el dinero y el poder. Los testigos como Hatem veían a un joven sin oficio ni beneficio eclipsado por los éxitos de sus hermanos, pero ignoraban lo que el príncipe iba asimilando durante sus años en la sombra. Mientras los hermanos aprendían modales de los maestros que su padre traía a casa, Mohamed observaba a Salmán con atención y aprendía sobre el poder.

Cuando Abdulah estaba en su lecho de muerte, Mohamed tenía casi treinta años y era un adversario dignísimo de los hijos y cortesanos del rey. Era más enérgico, original e inclemente de lo que nadie imaginaba. Era decidido y estaba absolutamente convencido de saber lo que el país necesitaba no solo para sobrevivir, sino para prosperar. Y como no se apartó de su padre durante la veintena y no se fue a estudiar fuera, Mohamed descubrió todas las debilidades de sus parientes rivales.

A medida que la familia crecía, el papel de Salmán como guardián de la moral empezaba a ser más exigente y espinoso. Cada príncipe podía tener hasta cuatro esposas, y con cada una de ellas haber tenido cuatro hijos y un número similar de hijas. Durante los cuarenta y ocho años

de Salmán como gobernador de Riad, la familia extensa se fue ensanchando hasta llegar a unos siete mil príncipes y al menos la misma cantidad de princesas. Todos crecían convencidos de que tenían derecho a un pedazo de los beneficios del petróleo. Muchos llevaban una vida acomodada pero relativamente normal y algunos se hacían filántropos o inversores; otros eran vagos, ludópatas o alcohólicos. Bastantes eran codiciosos a más no poder y gastaban sumas exorbitadas en colecciones de Bugattis y relojes Patek Philippe, hasta el punto de que «saudí» se convirtió en sinónimo del despilfarro en las ciudades occidentales.

Estas vidas lujosas suponían un problema a la hora de dirigir el país. Ibn Saúd y sus hijos habían pasado al menos una parte de su infancia en el desierto, cerca de los combatientes beduinos y de los predicadores conservadores que los apoyaban. Para ellos, un nuevo Cadillac, la caza con halcón y los festines ya constituían una vida de lujo. Las nuevas generaciones estudiaban en el extranjero, viviendo durante largos periodos de tiempo en las burbujas privilegiadas del Mayfair londinense o del Decimosexto Distrito parisino. Muchos habían perdido parte de su cultura saudí y de su conexión con esos intereses islámicos tan ligados a la Casa de los Saúd.

En los dos mil, gran parte de la flor y nata de los Saúd no era lo bastante saudí para sintonizar con la explosión juvenil del país. La población estaba aumentando y, gracias a los teléfonos móviles y a las redes sociales, estaba conectando más y más con el resto del mundo. Su carencia de libertades empezaba a encorsetarlos. Pero los jóvenes príncipes vivían ajenos a buena parte de las cosas que tenían lugar en su país. Se encontraban demasiado atareados veraneando y licenciándose.

Salmán intentó liderar la lucha contra esa pérdida de identidad, disciplinando a los príncipes que cometían actos occidentales impropios de la conservadora Arabia. Muchos lo consideraban un excéntrico, un miembro que detentaba poder en la familia y en el reino, pero que nunca pasaría de ser gobernador de Riad. Para Salmán, los números no salían.

En 2010, cuando Abdulah llevaba un lustro reinando, Salmán tenía más de setenta años y dos hermanos mayores igual de consolidados entre él y el trono. Durante gran parte del reinado de Abdulah, Tuwajiri —el mandamás en la Corte Real— no consideró una amenaza ni a Salmán ni a sus hijos. Estaban muy lejos de la línea de sucesión.

Pero, entonces, uno de esos hermanos mayores murió en 2011 y el otro, en 2012. En cada caso, Abdulah nombró a un nuevo príncipe heredero él mismo, en lugar de permitir que fuera el Consejo de la Lealtad el que decidiera el sucesor, a pesar de que había sido creado con ese propósito. Cuando murió el segundo hermano, Abdulah nombró a Salmán príncipe heredero y a su hermano más joven, el exdirector de Inteligencia Muqrin, segundo príncipe heredero.

Ante la creciente fragilidad de Abdulah, Tuwajiri intentó distanciar al rey del príncipe heredero. Seguía esperando que Abdulah estuviera dispuesto a marginar a su hermano. A veces Tuwajiri denegaba a Salmán y a sus hijos el uso de los aviones reales. Cuando Salmán llamaba para pedir audiencia, le decía que el monarca estaba demasiado ocupado. Esa situación duró meses, hasta que Salmán se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo tras ver a Abdulah en un acto familiar. «¿Por qué ya nunca vienes a verme? —le preguntó el rey—. Eres uno de mis hermanos favori-

tos.» Salmán comprendió que Tuwaijri intentaba arrinconarlo.

Este echó mano de sus cómplices para difundir el rumor de que Salmán sufría demencia, en un intento por acelerar los planes de sucesión. Trató de persuadir a otros influyentes miembros de la familia para que hicieran realidad la última gran reforma progresista de Abdulah: traspasar la corona a la siguiente generación. Una opción era incluir a uno de los hijos de Abdulah, como Miteb o Turki, en la línea de sucesión como segundo príncipe heredero para que algún día reinara. O tal vez podían meter en la línea de sucesión a Mohamed bin Naif, responsable de Seguridad Nacional y estrechamente ligado a la CIA y al Departamento de Estado de los EUA. Los norteamericanos lo verían con buenos ojos. Además, Bin Naif controlaba el poderoso Ministerio del Interior. Dado que los hijos de Abdulah controlaban la Guardia Nacional —la fuerza tradicionalmente beduina que protegía a la familia real—, la unión entre ambas ramas les otorgaría un mando completo sobre el Ejército.

Para que el plan llegara a buen puerto, Tuwaijri tenía que cerrar todos los flecos con la familia antes de que Salmán interviniera. La mejor solución era que Abdulah muriera en el desierto, sin que el resto de la familia pululara por allí. Así, Tuwaijri tendría algo de tiempo —unas horas, posiblemente hasta algunos días— para recabar apoyos y asegurarse de que Salmán no nombraba a uno de sus hijos para un cargo destacado. Mientras la respiración de Abdulah se iba apagando en su tienda del desierto, Tuwaijri dictó la orden de impedir que Salmán se enterara.

Los hijos de Abdulah estaban nerviosos, pero secundaron el plan. Se consideraban aptos para gobernar. Antes de la enfermedad terminal de Abdulah, su hijo Miteb le con-

fesó al embajador de los EUA Joe Westphal que era un pretendiente a la corona.

El problema del complot, como pronto descubrió Tuwajri, era que su equipo tenía una brecha. Mohamed bin Salmán había reunido a espaldas del clan Abdulah a un grupo de leales y competentes funcionarios, hombres que podían recabar información dentro y fuera de la familia. Ellos fueron quienes alertaron a Mohamed del estado en el que se encontraba el rey y el príncipe procuró que otros parientes importantes se enteraran.

El deterioro del monarca conmocionó a la familia extensa. Incluso los que sabían de su cáncer desconocían que se debatía entre la vida y la muerte. Presionaron a Tuwajri para que trasladara a Abdulah de su oasis en el desierto a un hospital de Riad gestionado por la Guardia Nacional. El traslado se hizo al abrigo de la noche y el hospital echó a cualquier persona susceptible de filtrar la noticia de que el rey estaba a punto de fallecer. Alucinado, un médico contó a sus amigos cómo había escalado una valla y se había colado por la puerta trasera para poder visitar a sus pacientes. En una sucesión real, el secretismo es importante, ya que transmite a la población la falsa impresión de que se está produciendo una transición tan fluida como inevitable.

Por entonces, el clan Abdulah y Tuwajri ya habían renunciado a conservar la corona. Su máxima aspiración era que, si Salmán se hacía con el poder, el siguiente en la línea de sucesión fuera alguien sin animadversión hacia los hijos de Abdulah. Quizás lo más importante fuera procurar que no nombrara a su hijo Mohamed. Por eso propagaron rumores sobre la escasa experiencia del joven príncipe, sobre su estilo despiadado y sobre su codicia.

La situación siguió en el aire durante unos días. La Corte Real montó una tienda en el exterior del hospital para familiares y allegados que iban a ver al moribundo. Varios miles de ciudadanos, muchos de ellos pobres, se concentraron a las puertas del hospital y rezaron durante la noche entera. A la Embajada de los EUA en Riad no paraban de llegar noticias de que el consejo de príncipes iba a reunirse para decidir el sucesor de Abdulah, pero no conseguían determinar exactamente cuándo.

La mayoría de los visitantes se pasaban por la tienda y se sentaban con Miteb, Turki u otro de los hijos de Abdulah. Solo los más cercanos podían entrar en la habitación de la primera planta donde reposaba el monarca. Los visitantes recorrían un pasillo de noventa metros e iban dejando atrás las habitaciones de los demás pacientes hasta que llegaban a una ventana de dos metros. Detrás yacía el rey, muriendo.

Cuando Abdulah llevaba varios días ingresado, Mohamed llamó para saber cómo estaba su tío. Tuwajiri le contestó que no había nada que temer, que estaba estable. Resultó inverosímil. Dos días antes, una de las hijas mayores del rey había ido a ver a su padre. Desde el otro lado de la ventana vio a Abdulah con un paño en la frente y sin mostrar signos de respiración. Parecía diminuto; para la persona que la acompañaba, parecía muerto.

Poco después, Mohamed recibió una llamada en la que le dijeron que el rey había fallecido. Metió a su padre rápidamente en un convoy y fueron como una exhalación al hospital de la Guardia Nacional. Tuwajiri los esperaba en el recibidor. Salmán estaba harto de él. La bofetada al jefe de la Corte Real fue tan fuerte que el golpe resonó por todo el pasillo del hospital y se oyó desde la sala de espera. Tuwajiri se percató de que había apostado el todo

por el todo a apartar a Salmán y había perdido. Con esa bofetada, el próximo soberano y su joven hijo anunciaron el inicio de un nuevo reinado, una etapa como ninguna de las que había vivido el país desde que era un puñado de feudos en guerra por unos cuantos camellos, comida y oro.

La noticia de la muerte de Abdulah tardó unos días en propagarse, gracias en parte a la deferencia de los periodistas locales con la Corte Real. Entre bastidores, Salmán destituyó de inmediato a Tuwajiri de su cargo de secretario del Consejo de la Lealtad. Mientras muchos otros funcionarios conservaban su puesto, él fue defenestrado. Como recién nombrado jefe de la Corte, Mohamed se involucró en cuerpo y alma en las deliberaciones y los planes. Cuando su padre estaba cansado o necesitaba una pausa, Mohamed se quedaba toda la noche trabajando, celebrando reuniones y haciendo llamadas. No cabía duda de que era tanto su momento como el de su anciano padre.

Cuando se anunció la muerte, Salmán nombró a su hermanastro Muqrin príncipe heredero y a su sobrino Mohamed bin Naif, príncipe heredero segundo. Parecieron decisiones comedidas destinadas a apaciguar a la familia extensa y a los líderes tribales, que ostentaban poder sobre pequeños dominios esparcidos por el país: parecían decir «Tranquilos, que todo sigue igual». Mohamed fue nombrado ministro de Defensa, pero seguía sin estar en la línea directa de sucesión. Durante las ceremonias, se subordinó a sus familiares de mayor edad por respeto, pero ya estaba poniendo en marcha una serie de ambiciosos planes.

Los miembros más liberales de la familia atisbaron una nueva etapa de agitación. Para describir el ritmo al que había cambiado el país en el medio siglo precedente, los diplomáticos usaban la palabra *glacial*. Poco imaginaban que Arabia Saudí fuera a iniciar una revolución en breve.